

Jueves 15 de mayo del 2003

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Trueque

Las declaraciones de algunos congresistas republicanos acerca de intercambiar un acuerdo migratorio por la apertura de Pemex al capital extranjero, representa el barómetro más cercano al nivel en que se encuentra la relación de México con el Gobierno encabezado por George Bush. Es la medida realista de la forma en como conciben los gobernantes del Norte el papel de nuestro País en la relación con el triunfador en la reciente guerra contra Iraq.

El gobierno encabezado por Vicente Fox no puede hoy rasgarse las vestiduras; ya lo dijo el ex canciller Jorge G. Castañeda: No es nueva la petición norteamericana. Cuando inició el "Gobierno del cambio" y la relación entre los dos presidentes era maravillosa y plena de coincidencias, Fox anunció como prioridad la apertura de Pemex al capital externo. Lo único que hacen los congresistas es aprovecharse de la debilitada posición de México después del conflicto del Golfo Pérsico para presionar a favor del interés de su país. Nada más y nada menos. Es la versión moderna del trueque de espejitos por lingotes de oro.

En este tema, como en muchos otros, Vicente Fox y su Gobierno han sido víctimas de sus propios desaciertos. Querían la "enchilada completa" en el tema migratorio; es decir, un acuerdo que implicara la regularización de miles de compatriotas que viven en Estados Unidos. No sé si alguien en su sano juicio creyó que dicho acuerdo sería posible sin brindar nada a cambio o gracias a la empatía de los dos presidentes a partir de sus gustos por las botas vaqueras y los caballos y que parecía sólo se distinguían porque a Bush no le gusta el brócoli. Incluso las cosas marcharon aparentemente por buen camino hasta que llegó el 11 de septiembre del 2001 y cambiaron radicalmente las prioridades de Estados Unidos respecto al exterior.

La invasión norteamericana a Iraq vino a complicar aún más la relación con los vecinos del Norte. La titubeante postura de nuestro Gobierno y el papel en el Consejo de Seguridad de la ONU, así como la declaratoria presidencial oponiéndose a la guerra terminó de enfriar totalmente las relaciones bilaterales. Incluso trascendió que el presidente Bush no le contestaba ni el teléfono a nuestro convaeciente Presidente. En esas estábamos cuando llegó la ya famosa solicitud de los congresistas del trueque de migrantes por petróleo. A esa postura, Vicente Fox ha tenido que salir al paso declarando que el petróleo es nuestro y no se negocia. Evidentemente, de nuevo los intereses norteamericanos no están del lado de los arrebatos nacionalistas que llegan del Sur. Para tratar de rehacer la maltrecha relación, pretextando una invitación de empresarios mexicanos, George Bush (padre) estuvo en nuestro País y se reunió con Vicente Fox. Ante los medios declaró que su hijo y el Presidente mexicano seguían siendo tan amigos como siempre e incluso se acordó que en el marco de la Cumbre de las Américas, que habrá de celebrarse en nuestro País en el mes de noviembre, los presidentes se reunirían por espacio de "veinte minutos".

La apertura de Pemex al capital privado es un tema muy espinoso para la cultura política mexicana. Considero que más que sus alcances económicos, lo que se pone en juego es uno de los pilares e íconos del nacionalismo posrevolucionario. Crecimos con el discurso que la gesta cardenista de la expropiación petrolera era uno de nuestros activos más preciados. Pensar en que pudieran participar capitales externos en la extracción del crudo, cuestiona incluso uno de los emblemas del proyecto de modernización que inició en 1982 y no en el año 2000 como muchos piensan. Efectivamente, el discurso modernizador se ha erigido en nombre de los valores y el filón nacionalista cuya matriz ha sido la Revolución Mexicana; lugar central en ese discurso es la propiedad nacional sobre los productos del subsuelo. De ahí que más que económico, el tema de la privatización de Pemex sea un problema ideológico.

La única salida para el Gobierno mexicano para desatorar el nudo de la relación con Estados Unidos parece ser el separar claramente el tema migratorio del caso de la apertura de Pemex. No es fácil puesto que el gobierno de Bush desea participar en el control del "oro negro" mexicano. Ahora se sabe con fuerza y tentado por la mano de Dios para decidir el futuro del mundo; lo mejor sería prender veladoras para que no se reelija el próximo año, pero es como pedir casi un milagro.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.